cuadernos de NEGACIÓN

SOBRE LA NECESIDAD DE DESTRUCCIÓN DEL ESTADO

4

noviembre de 2010

cuadernos de
NEGACIÓN

No tenemos nada que venderle a nuestros hermanos de clase, nada con qué seducirlos. No somos un grupúsculo compitiendo en prestigio e influencia con los demás grupúsculos y partidos que dicen representar a los explotados, y que pretenden gobernarlos. Somos proletarios que luchan por acabar con el Capital y el Estado con los medios que tenemos a nuestro alcance, nada más y nada menos.

Reedición mayo 2020:

Corregimos y rediseñamos los nros. 2 al 5. Quitando erratas e intentando expresar de mejor manera lo que nos parecía estar confuso. La intención no es retractarnos sino hacer la lectura lo más grata posible.

Si sentís que estos materiales deben ser difundidos… ¡A reproducirlos, imprimirlos, copiarlos, discutirlos! Fueron realizados para circular por donde se considere más conveniente.

Por obvias razones económicas no podemos realizar una gran tirada de esta publicación como lo deseamos, ni tampoco enviarlo a muchos lugares del mundo, por ello alentamos a la distribución de los Cuadernos copiándolos y haciéndolos correr como mejor se pueda.

Agradecemos profundamente a quienes vienen colaborando con la difusión de los números de Cuadernos de Negación y los invitamos a ponerse en contacto.

¡Adelante compañeros!

cuadernosdenegacion@hotmail.com
cuadernosdenegacion.blogspot.com

SOBRE LA NECESIDAD DE DESTRUCCIÓN DEL ESTADO 4

Presentación - 01

Proletariado: algunas otras aclaraciones - 04

¿Qué es el Estado? - 05

¿Antiimperialismo? ¡Internacionalismo! - 08

Contra la política, o más allá de ella - 09

Destrucción del Estado - 10

Las gráficas utilizadas para este número fueron realizadas por Gerd Arntz.

ADVERTENCIA SOBRE LAS CITAS

No es nuestra tarea anunciar novedades ni resguardar un antiguo tesoro, sin embargo, muchos de quienes se dispongan a leer podrán encontrar aquí pequeñas y grandes revelaciones así como viejos enunciados. Desde Cuadernos, nos gusta compartir algunos párrafos bien dichos de las diferentes publicaciones, libros, textos y papeles que utilizamos al momento de preparar cada número. Cuando reproducimos estas citas, nombramos a sus autores simplemente para dejar visibles los pasos de algunos de nuestros recorridos e invitar a seguir profundizando. Quien lea con atención sabrá distinguir entre la cercanía de un autor u otro. En su gran mayoría se trata de afines, pero esto tampoco implica una reivindicación acrítica de ellos o de las organizaciones de las que forman o formaron parte. Y quien lea con la intención de reflexionar, pero también de transformar la realidad, comprenderá que todo esto se trata de algo más que libros, panfletos, autores y palabras.

PRESENTACIÓN

Este conjunto de textos precisan una serie de puntos que consideramos fundamentales respecto al Estado como estructura jerárquica organizadora de la vida: sus aspectos como guardián y defensor de la clase capitalista —de la cual emerge— contra el proletariado como clase, e incluso como limitante del burgués individual que intenta "sobrepasarse". Intentaremos también analizar su raíz histórica y social, así como la necesidad de su negación. En la próxima entrega de esta publicación ahondaremos más en la democracia y sus derechos y libertades. Por lo pronto, aquí estamos centralizando algunas reflexiones, incitando al pensamiento en acción e invitando a desarrollar aún más sobre este tema, para abandonar la pasividad y las mitificaciones acerca de nuestra realidad.[1]

Lo que consideramos fundamental a saber es que **el Estado, ese aborto monstruoso de la sociedad, no es un enemigo por razones de gusto, afinidad moral o antipatía ideológica**. Lo es en tanto organización de poder fundamental que garantiza nuestro sometimiento al trabajo asalariado, que permite y defiende la destrucción de la naturaleza en pos de la producción económica y garantiza la guerra como método de reorganización económica y de control social. Lo es también, en tanto estructura que se contrapone a la plena realización de la vida y la autonomía de la comunidad humana: su mera existencia limita la posibilidad de explorar y desarrollar otros modos de relacionarse. Lo es, porque es justamente el resultado del antagonismo de clases existentes.

Desde sus orígenes, el Estado capitalista mundial se cristaliza en Estados nacionales, pero no ha surgido en uno o varios países y desde allí se ha ido extendiendo. **El Capital surge del mercado mundial**, va desarrollándose, subsumiendo todas las formas de producción anteriores.

El desarrollo y poder de los Estados nacionales es el desarrollo y poder del Capital mundial y, en concreto, de cada átomo de capital que para enfrentarse a otro —y en su desarrollo— se asocia y coaliga a otros átomos hasta estructurarse en fuerzas estatales contrapuestas. Sin perder de vista que, pese a su competencia, estos átomos son parte del Capital mundial. **Que los Estados nacionales son partes del Estado capitalista mundial**, es una cuestión que se ve con claridad en cada represión mundial al proletariado en tal o cual país. El Capital también es mundial, pero su concreción no puede afirmarse más que como esferas de capital enfrentadas —pues la competencia es su motor— y, por ello, el Estado del Capital es mundial pero se afirma en tanto que Estados nacionales.

El Estado no es un enemigo al que se pueda ignorar, al que simplemente baste con oponerse o que ilusamente haya que tomar bajo control: es una forma de organización de la clase dominante que hay que destruir, se

1. La crítica del Estado, la política y la democracia, han sido ampliados en el nro. 9 de Cuadernos: *Contra la economización de la vida*, más precisamente en los apartados *Liberté, égalité, proprieté* y *E pluribus unum*.

organice en la apariencia de la democracia o la dictadura, represente los intereses de la burocracia de un partido político, grupo religioso u otra fuerza ideológica burguesa. El Estado moderno no es solo un presidente, casa de gobierno, bandera, conjunto de fronteras o ¡aún menos una expresión cultural ancestral o un territorio! Es una organización "óptima" en relación con las necesidades de la clase dominante, del poder político de acuerdo a la organización de la producción de la economía; es quien garantiza esa producción y reproducción de la sociedad mercantil generalizada.

Un Estado no equipara su nivel de desarrollo y poder frente a los otros Estados en una balanza económica, que de ser favorable sería más beneficioso para los habitantes de ese Estado, sino que lo hace en relación con su *peso económico* en la totalidad de la economía mundial, lo cual excede a nivel de análisis al hecho puntual de un superávit en la balanza comercial.[2] Este es el sistema de relaciones que lleva a que se equipare tan bien el control monetario de la economía con su control político: **es el interés común de una clase**.

El rol del Estado entonces, no se destaca tanto por el beneficio "social" que pueda generar a su "pueblo", sino por su capacidad de impulsar el beneficio de la burguesía, sea nativa o extranjera. Y es ese el sistema de relaciones que nos ha impulsado y nos impulsa a su destrucción: el interés común de nuestra clase despreciada por este sistema de vida, y cuyo desprecio debemos considerar como la fuerza que contiene la posibilidad de producir una forma de vida diferente, que reconcilie al ser humano y la totalidad del mundo que habita.

Si rechazamos el Estado es porque **rechazamos todo un sistema de organización de lo social que lleva como conclusión al Estado. Su abolición es inseparable de la abolición del sistema de trabajo asalariado**. Por ello, la lucha contra el Estado no es una lucha política de aparato contra aparato: partidos políticos o grupos que aspiran al poder estatal de manera extraparlamentaria mediante, por ejemplo, la estrategia de la vía armada. Tampoco es una simple lucha contra las fuerzas del orden, confundiendo la parte con el todo (por ejemplo: algún sector del proletariado contra la policía o el ejército). Es una lucha social, total y totalizadora.

Si esto lo señalamos es debido a la incomprensión de la organización social vigente, que suele ser confusamente separada como *política* por una parte, y *económica* por la otra. Este error de análisis —cuando ya no incrustado en el pensamiento como ideología que anula cualquier análisis al aceptar dogmas instituidos— se convierte en un gran obstáculo a la hora de cambiar esa realidad incomprendida. Así, se escogen formas de lucha que no pueden acabar con una cosa ni con la otra, y que de hecho, como una trampa, tienden a perpetuar ambas, es decir, las luchas *politicistas* (partidos, foco, grupúsculos) y las luchas *economicistas* (sindicatos, reformas, autogestión).

Esta artimaña de separar lo político de lo económico funciona para luego señalar que hay luchas políticas y otras luchas económicas. Así, en las luchas políticas se debería actuar bajo ciertos principios (los que suele dictar la ideología escogida) y en la económica "valdría todo", justificado aquello en nombre de las "necesidades" y las urgencias.

Pero… ¿cómo puede separarse lo político de lo económico?, ¿en qué momento es una cosa y no la otra?[3] Basta aislar un elemento para comprobar que en él se encuentra la influencia de la totalidad, que lo social es a la vez económico y político. Que efectivamente sin la coerción económica no habría venta directa o indirecta de fuerza de trabajo al burgués, pero esto tampoco existiría si esa venta no estuviese garantizada por el Estado.

Por lo tanto, aquellos tramposos llamados a "ser realistas", a ser "más flexibles" o a "no debatir a la hora de luchar", no son más que llamados a articular el oportunismo, a subirnos al carro del cortejo fúnebre que son la democracia y la dictadura mercantil. Los llamados a no reflexionar, como ya hemos señalado anteriormente[4] suelen ser del tipo "acóplense a la lucha como la queremos nosotros o manténganse al margen", en la "fútil discusión perpetua de las cuevas de los intelectuales", como si esas fueran las únicas dos posibilidades de un mundo estático en el cual las polarizaciones ya están tan definidas que "no hace falta teorizar más, sino actuar ya y ahora".

2. Claro ejemplo de esto fue lo que sucedió en la década de los setenta, cuando EEUU tuvo un déficit comercial por primera vez en el siglo XX, dados sus abrumadores gastos para financiar la guerra de Vietnam. Esta circunstancia no impidió de todas formas que la *superpotencia* siga haciendo valer su poderío económico–militar, interviniendo directamente o apoyando a una de las partes (financiando la oposición a gobiernos de "tendencia antiimperialista" o "alineados con la esfera soviética", ahogando a esos países con sanciones en los organismos multilaterales de crédito, secuestrando y asesinando líderes opositores por medio de tareas encubiertas de Inteligencia, apoyando a dictadores en los países donde se habían formado fuertes movimientos de resistencia) en los asuntos y conflictos de diversas regiones, principalmente del "Tercer Mundo", durante todo el decenio, aun luego de la derrota en Vietnam (Operación Cóndor en América del Sur, el Conflicto Centroamericano, guerra de Yom Kipur en Medio Oriente, etc.).

3. Es importante notar que estas dos ideologías aparentemente opuestas son en realidad dos aspectos del mismo proyecto, y llegarán siempre a conclusiones similares.

4. Ver Cuadernos de Negación nro. 2.

De lo que se trata entonces, no es de renunciar a nuestras posiciones por culpa de la imposibilidad inmediata de su realización, o "abandonar la realidad", porque esta no se ajusta a nuestros principios. **De lo que se trata es de centralizar fuerzas y así justamente articular una lucha total para abolir la sociedad de clases. Ese es nuestro desafío**.

«En todas partes del mundo donde los pobres sin cualidades se rebelan contra su condición y la toman concretamente con la miseria, el reformismo debe hacer de esta una fatalidad y de la agravación de la opresión social, un problema político. Su finalidad es imponer el Estado como la respuesta a esta fatalidad; dicho de otro modo, que las aspiraciones sociales de los pobres vayan a buscar su realización en el Estado. ¡Fuera del Estado, no hay salvación!» (Os Cangaceiros, *¿Cómo se puede pensar libremente a la sombra de una universidad?*)

Está fuertemente impreso en el imaginario social que "Estado hubo siempre", "la democracia es deficiente pero es la mejor de las organizaciones sociales posibles". Por ello, es que la crítica del Estado y de la democracia es neutralizada por un discurso "armónico y armonizador", justamente democrático y pluralista, pero totalitario. Totalitario en el sentido de que no permite nada fuera de sí. Quien critica la democracia no debe ser escuchado, es un idiota, un fascista o un demente de la teoría y en última instancia, no se dudará en encarcelarlo o matarlo. Si es que previamente dicha crítica (en palabras o en algo más que palabras) no ha sido ya echada a un lado mediante la indiferencia: lo contradictorio coexiste pacíficamente de manera escandalosa, insoportable…[5] La democracia y sus libertades se nos presentan como el triunfo definitivo. Lo totalitario se define, en este sentido, por oposición antagónica a su concepto tradicional: discursivamente casi todo está permitido, puesto que ya nada parece poder hacer daño, perdido en un mar de discursos constantes.

Pero sus charlatanerías son desmentidas y sus escenarios de cartón pintado son destrozados por la práctica, cuando los órganos oficiales son echados a un lado y los proletarios, empujados por la necesidad y el deseo, comienzan a crear sus propios órganos de debate, posicionándose fuera (¡y hasta en contra!) de la canalización de las instituciones estatales.

5. Más allá de que esta afirmación encarna también planos más complejos, sin dudas el ejemplo más grosero de esto se esconde tras el lema que tanto gusta utilizar al ciudadano en su más pura expresión: "No debe responderse a la violencia con más violencia". Este tipo de preceptos generan situaciones como que, tras el asesinato brutal por "gatillo fácil" de un joven proletario por parte de un policía, este ciudadano se indigne porque los vecinos, hartos de los abusos policiales reiterados, expresan su furia incendiando la comisaría del barrio. Es decir, la violencia monopolizada por el Estado no es un problema, solo lo es si escapa a su dominio.

PROLETARIADO: ALGUNAS OTRAS ACLARACIONES

En el nro. 2 de Cuadernos de Negación, *Clases sociales o la maldita costumbre de llamar a las cosas por su nombre*, nos hemos explayado más sobre este tema, aquí queremos subrayar o agregar cuestiones que han quedado fuera o pudieron ser malentendidas debido a diversos prejuicios. Cada uno de estos puntos, comprendemos, puede merecer un texto aparte, intentamos aquí hacer una aproximación al problema.

1. Es importante remarcar nuevamente, no solo para este número de Cuadernos sino para el resto de nuestras publicaciones, que cuando nos referimos al antagonismo entre burguesía y proletariado **no nos estamos refiriendo a relaciones sociales entre un individuo y otro, estamos refiriéndonos a clases sociales**. Por lo cual, debe comprenderse que no es simplemente un burgués que explota a unas decenas de proletarios aislados, o unos proletarios aislados que pueden acabar con la burguesía o simplemente mantenerse al margen de la lógica capitalista. **Son condiciones globales las que permiten la explotación burguesa** y no permiten, justamente, lograr apartarse de ella o llevar una "guerra social" minoritaria contra el Estado y el Capital.

2. «La refutación de la existencia de clases antagónicas y la reducción de los problemas sociales a situaciones personales o grupales, fomentan y consolidan la ideología dominante».[6] La ideología de la separación, del ocultamiento, del todos contra todos, del ciudadano libre e igual. Los proletarios individuales no son mejores o más honrados que los capitalistas individuales. Individualmente, los trabajadores pueden ser más, menos o tan malos como cualquier otro. El asunto es la actividad social del proletariado como clase.

3. *Eppur si muove*. El antagonismo de clases existe independientemente de que sea o no reconocido a un claro nivel de conciencia como tal por los sujetos sociales. «Y sin embargo se mueve» dijo, según la tradición, Galileo Galilei ante el tribunal de la Santa Inquisición que lo condenaba a muerte si no se retractaba de su afirmación de que no era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra, sino al revés.

4. El ciudadano, en su frenesí de consumo, consume ideología, consume identidad y tarda en comprender que hay realidades impuestas que no ha adquirido en el mercado. **Ser proletario no es una identidad elegida, es una realidad social**. Y sentir orgullo por esta condición es como enorgullecerse por ser esclavo. No amamos ser proletarios. Y revolución no significa, de ninguna manera, expandir la condición de los trabajadores a toda la humanidad.

5. No esperamos que los explotados y oprimidos salgan a las calles con una bandera en la cual pueda leerse "proletarios", porque no se trata de una composición de sílabas sino de una práctica social. El debate sobre los términos en nuestro lenguaje es arduo, sabemos que muchos socialdemócratas y demás reformadores del Capital han utilizado y utilizan ciertas palabras para decir justamente lo contrario, como también luchadores imprescindibles de todas las latitudes no las emplean (y hasta las rechazan). Esto, si bien no es completamente fatal, es verdaderamente un obstáculo: **el no asumir nuestra práctica a nivel de consignas y conceptos, a la larga ha facilitado el debilitamiento, la confusión y la recuperación contrarrevolucionaria**.

6. **La opresión de clase no es una opresión entre otras**. No es superior, ni inferior a la lucha contra el racismo, el machismo o la xenofobia. No se trata de pluralismo o antipluralismo. No se trata, tampoco, de "dejar para después de la revolución" los "problemas parciales". De lo que se trata es de asumir la lucha de una clase que contiene todas las orientaciones sexuales, colores y orígenes geográficos. Es más, podemos afirmar que el Capital se nutre de esas diferencias, creando falsas comunidades, enfrentando a proletarios entre sí. Comprender, por ejemplo, que no se trata de "ecologismo" sino de que el capitalismo a mediano plazo es incompatible con la vida en este planeta. Asumir que las verdaderas causas no son los excesos o las maldades de algunas personas, sino la necesidad de valorización del Capital llevada adelante por la clase burguesa.

6. Extraído de *Estado: Guardián de la clase capitalista*, distribuido por el Grupo Anarquistas Rosario el Primero de Mayo de 2010, «en el año de los festejos burgueses por el bicentenario se hace necesario remarcar el papel histórico y social del Estado capitalista».

¿QUÉ ES EL ESTADO?

Extracto de un texto de Agustín Guillamón. Epílogo del libro: *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de julio de 1936 a la necesaria derrota de mayo de 1937*.[7]

El punto de partida de una revolución proletaria es la destrucción del Estado burgués. Así pues, para entender qué es, cómo se desarrolla y qué pretende una insurrección o una revolución, necesitamos comprender qué es el Estado, y sobre todo qué es el Estado capitalista.

No es el Estado, o el poder político, el que crea las clases, sino que es la existencia de una sociedad dividida en clases la que crea el Estado, para defender todos los privilegios de la clase dominante. Podemos encontrar mil definiciones distintas del Estado. Pero básicamente se reducen a dos. Una, amplia, que habla impropiamente del Estado ya en las primeras civilizaciones, con importantes excedentes agrícolas, de Mesopotamia y Egipto, y después de Grecia y Roma, que no vamos a utilizar, y que es inadecuada para estudiar la actual sociedad capitalista en la que vivimos. Se trata de una definición que, en todo caso, necesita calificar al Estado con el modo de producción imperante: Estado esclavista, Estado feudal, Estado capitalista. Otra, reducida, en la que se utiliza el concepto actual del Estado, o Estado capitalista, o Estado moderno, como poder soberano absoluto o único en cada país, que es la que aquí utilizaremos.

¿Qué es el Estado capitalista?

El Estado moderno, o capitalista, es una forma histórica reciente de organización política de la sociedad, surgida hace unos quinientos años, en algunos países, con el fin del feudalismo y las primeras manifestaciones del sistema de producción capitalista. La aparición del Estado (capitalista) suponía la desaparición de las formas feudales de organización política. El concepto de Estado (moderno) es, pues, muy reciente y surge con la aparición histórica del sistema de producción capitalista. Es la organización política adecuada al capitalismo.

En la sociedad feudal la soberanía era entendida como una relación jerárquica entre una pluralidad de poderes. El poder del rey se fundamentaba en la fidelidad de otros poderes señoriales y, además, esos poderes de la realeza eran venales, esto es, podían venderse o cederse a la nobleza: la administración de la justicia, el reclutamiento del ejército, la recaudación de los impuestos, los obispados, etcétera, podían ser vendidos al mejor postor o eran adjudicados en una compleja red de favores y privilegios. La soberanía residía en una pluralidad de poderes, que podían subordinarse o competir entre sí.

El Estado, en la sociedad capitalista, convierte la soberanía en un monopolio: el Estado es el único poder político del país. El Estado (moderno o capitalista) detenta el monopolio del poder político, y en consecuencia pretende el monopolio de la violencia. Cualquier desafío a ese monopolio de la violencia se considera delincuencia, y atenta contra las leyes y el orden capitalistas, y por lo tanto es perseguido, castigado y aniquilado. En la sociedad feudal, las relaciones sociales estaban basadas en la dependencia personal y el privilegio. En la sociedad capitalista, las relaciones sociales solo pueden darse entre individuos jurídicamente libres e iguales. Esta libertad e igualdad jurídicas (que no de propiedad) son indispensables para la formación y existencia de un proletariado que provea de mano de obra barata a los nuevos empresarios fabriles. El obrero ha de ser libre, también libre de toda propiedad, para poder estar disponible y preparado para alquilarse por un salario al amo de la fábrica, a una empresa o al propio Estado. Ha de ser libre y carecer de toda dependencia de la tierra que labraba, y de todo sustento o propiedad, para ser expulsado por el hambre, la pauperización y la miseria hacia las nuevas concentraciones industriales donde pueda vender la única mercancía que posee: sus brazos y su inteligencia, esto es, su fuerza y capacidad de trabajo.

A estas nuevas relaciones sociales, propias del capitalismo, les corresponde una nueva organización política, distinta de la feudal: un Estado que monopoliza todas las relaciones políticas. En el capitalismo, todos los individuos son, en teoría, libres e iguales (jurídicamente) y nadie guarda dependencia política de ningún tipo respecto al antiguo señor feudal o al nuevo amo de la fábrica. Todas las relaciones políticas son monopolizadas por el Estado.

En los modos de producción precapitalistas, las relaciones de producción eran también relaciones de dominación.

7. Ediciones Espartaco Internacional. Colección: Emancipación Proletaria Internacional (España, 2007) y Lazo Ediciones (Argentina, 2013). Agustín Guillamón es también realizador de la revista *Balance*: *Cuadernos de historia del movimiento obrero.*

El esclavo era propiedad de su amo, el siervo estaba ligado a la tierra que trabajaba o dependía de un señor. Esa dependencia ha desaparecido en el capitalismo. El Estado (moderno) es, pues, producto de las relaciones de producción capitalistas. El Estado (actual) es la forma de organización específica del poder político en las sociedades capitalistas. Existe una separación radical entre la esfera económica, la social y la política.

El Estado (moderno) monopoliza el poder, la violencia y las relaciones políticas entre los individuos en las sociedades en las que el modo de producción capitalista es el dominante. En el sistema de producción capitalista, el Capital no es solo el dinero, o las fábricas, o las maquinarias; el Capital es también, y **sobre todo**, una relación social de producción, y precisamente la que se da entre los proletarios, vendedores de su fuerza de trabajo por un salario, y los capitalistas, compradores de la mercancía "fuerza de trabajo".

El Estado (capitalista) ha surgido recientemente, hace unos quinientos años, y desaparecerá con las relaciones de producción capitalistas. El Estado (capitalista), pues, no es eterno, ha tenido un origen muy reciente y tendrá un fin. La teoría política del Estado moderno nació en la Inglaterra del siglo XVII, anticipando o justificando ese proceso histórico conocido como la Revolución Industrial, con Hobbes (y Locke). Hobbes no es solo el primer teórico, desde el punto de vista cronológico, sino que toda la problemática actual sobre el Estado (moderno) está ya en Hobbes. Desde Platón hasta Maquiavelo, la teoría política preestatal se caracteriza por definir el poder político y la comunidad como algo natural, y por identificar comunidad civil y comunidad política.[8]

El Estado (capitalista) surge desde una contradicción, que le da origen y razón de ser, entre la defensa teórica del bien común, o general, y la defensa práctica del interés de una minoría. La contradicción existente entre la ilusión de defender el interés general y la defensa real de los intereses de clase de la burguesía. La razón de ser del Estado (actual) no es otra que garantizar la reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas.

Sin embargo, el Estado (capitalista), cosificado en sus instituciones, es la máscara de la sociedad, con apariencia de fuerza externa movida por una racionalidad superior que encarna un orden "justo" al que sirve como árbitro neutral. Esta fetichización del Estado (moderno) permite que las relaciones sociales de producción capitalistas aparezcan como meras relaciones económicas, no coactivas, al mismo tiempo que desaparece el carácter opresivo de las instituciones estatales. En el mercado, trabajador y empresario aparecen como individuos libres, que realizan un intercambio "puramente" económico: el trabajador vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario. En ese intercambio libre, "solo" económico, ha desaparecido toda coacción, y el Estado (capitalista) no ha intervenido para nada: no está, (aparentemente) ha desaparecido.

La escisión entre lo público y lo privado es una condición necesaria de las relaciones de producción capitalistas, porque solo así aparecen como acuerdos libres entre individuos jurídicamente libres e iguales, en las que la violencia, monopolizada por el Estado (capitalista), ha desaparecido de escena. De todo esto resulta una contradicción entre el Estado como fetiche, que debe ocultar su monopolio de la violencia, permanentemente ejercida sobre el proletariado para garantizar las relaciones de producción capitalistas, esto es, de explotación del proletariado por el capital, y el Estado **como organizador del consenso social** y de la legalidad, que convoca elecciones libres, tolera los derechos democráticos de expresión, reunión, prensa y asociación; permite los sindicatos obreros y legisla conquistas laborales como la asistencia sanitaria, pensiones, jornada de ocho horas, seguro de paro y enfermedad, etcétera.

8. Nota de Cuadernos de Negación: Aquí también los politiqueros establecen una relación directa entre las deficiencias del proletariado con el hecho de no tener, justamente, un espíritu político, cuando reside ahí su superioridad: separarse del ser colectivo del Estado (*Staatwesen*) para suprimir toda separación con su ser colectivo humano (*Gemeinwesen*).

Esencia y funciones del Estado capitalista

Es la existencia de una sociedad dividida en clases, entonces, la que crea el Estado para defender todos los privilegios de la clase dominante. En caso de crisis, el Estado capitalista desvela inmediatamente que es antes Estado **capitalista** que Estado nacional, de pueblos y ciudadanos, o "Estado de bienestar". El componente coactivo del Estado, ligado a la dominación de clase, es la **esencia fundamental** de este, que aparece diáfana cuando consenso social y legitimación estatal son sacrificados en el altar de la sumisión del proletariado a la explotación del Capital. Las revueltas y las insurrecciones proletarias desvelan siempre el carácter clasista del Estado y su esencial función represora.

El Estado capitalista surge de esa relación contradictoria entre su esencia represora y su aparente función arbitral. Pretende ocultar su papel represor, como garante de la dominación de la clase burguesa mediante el monopolio de la violencia, al tiempo que quiere aparecer como organizador del consenso de la sociedad civil, que a su vez legitima al Estado (moderno) como árbitro neutral. Con esto el Estado fortalece además su monopolio ideológico y consigue un dominio más completo y encubierto de la sociedad civil.

Las instituciones fundamentales del Estado son el ejército permanente y la burocracia. Las tareas del ejército son la defensa de las fronteras territoriales frente a otros Estados, las conquistas imperialistas, para ampliar los mercados y acaparar materias primas, y sobre todo la garantía última del orden establecido frente a la subversión obrera. Las tareas de la burocracia son la administración de todas aquellas funciones que la burguesía (parcial o totalmente) delega en el Estado: educación, policía, salud pública, prisiones, correo, ferrocarriles, carreteras… El funcionario del Estado (capitalista), desde el maestro de escuela al catedrático, del policía al ministro, del cartero al médico, desempeñaron, o desempeñan, funciones necesarias para la buena marcha de los negocios de la burguesía, mientras no sean un buen negocio para esta, en cuyo caso se privatizan, como ha sucedido últimamente con cárceles, policía y ejército en algunos países.

El Estado (moderno) es la organización del dominio político, de la coacción permanente y de la explotación económica del proletariado por el Capital. El Estado (capitalista) no es, pues, una máquina o instrumento que pueda utilizarse en un doble sentido: ayer para explotar al proletariado, mañana para emancipar al proletariado y oprimir a la burguesía. No es una máquina que pueda conquistarse, ni que pueda manejarse al antojo del maquinista de turno. **El proletariado no puede conquistar el Estado**, porque es la organización política del Capital: **ha de destruirlo**. Si una insurrección victoriosa del proletariado se limita a conquistar el Estado, y más tarde a fortalecerlo y reconstruirlo, podemos estar ante un golpe de Estado o una revolución, e incluso ante una revolución proletaria (como en octubre de 1917 en Rusia), pero ante una revolución que está poniendo en pie los fundamentos de una rápida y sólida contrarrevolución, que pronto desembocará en otra forma de gestión del capitalismo, como sucedió con el stalinismo en Rusia.

El proletariado ha de destruir el Estado porque este es la organización política de la explotación económica del trabajo asalariado. La destrucción del Estado es una condición *sine qua non* del inicio de una sociedad comunista. **Pero el Estado capitalista no puede destruirse realmente si antes la clase proletaria no niega inmediatamente las condiciones económicas, sociales e históricas de la existencia del trabajo asalariado y de la ley del valor, en un ámbito mundial**.

¿ANTIIMPERIALISMO? ¡INTERNACIONALISMO!

La continuidad y el desarrollo de la lucha contra los explotadores, nos conduce a coincidir con nuestros hermanos de clase en todo el planeta, en una sola comunidad de lucha contra el Capital mundial, ¡aquel que no tiene patria y ya ha abolido las fronteras para sí mismo en pos de circular libremente!

El imperialismo, no es un fenómeno particular de tal o cual potencia, de tal o cual Estado, sino que es un fenómeno inherente e invariante del Capital mismo: cada átomo de valor valorizándose contiene todos los presupuestos del terrorismo imperialista. «**Los Estados poderosos solo pueden sostenerse por el crimen. Los Estados pequeños solo son virtuosos porque son débiles**», expresaba ya hace más de un siglo Bakunin.

El grupo político que ahora nos gobierna o los capitalistas que actualmente nos explotan podrían ser otros, de otro país, de otra religión, ideología política o hasta de otras familias. **No es solo su poder particular lo que permite su dominación, sino las condiciones globales de explotación y opresión**.

La lucha antiimperialista es la renuncia a la lucha contra el capitalismo y sus Estados en tanto que relación social. **El antiimperialismo apunta hacia un país, justificando así el capitalismo y el estatismo de los países menos desarrollados**.

«El trabajo asalariado siempre es explotación. Las condiciones de trabajo son, por supuesto, mucho mejores para un obrero de un restaurante sueco que para, por ejemplo, un niño que trabaja en una fábrica de zapatos en China. **El problema es que solo hay un mundo, donde las condiciones y la explotación de los obreros en Suecia y en China están conectadas entre sí**. Si uno se toma en serio el cambiar el mundo, hay que atacar la base misma de la que depende el Capital: el trabajo asalariado.» (Kämpa Tillsammans!, *Hamburguesas vs. valor*.)

El proletariado no tiene —y nunca tuvo— patria. Por ello, **el internacionalismo no es la suma de los nacionalismos particulares, ni la suma de los procesos de "autodeterminación de los pueblos"**.

El patriotismo, sea del color que sea, siempre será un as bajo la manga de la burguesía para dividir a una clase que es mundial.

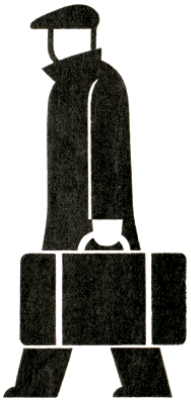
Si bien hoy el desarrollo del capitalismo mundial **tiende** a eliminar la existencia de luchas de "liberación nacional", o por la "autodeterminación de los pueblos", estas aún persisten, agregando, por ejemplo, la variante de la liberación de conjuntos o bloques de países. Sin embargo, su programa es invariable: reemplazar una cara por otra, ocultar el antagonismo de clase presente a escala global y defender la dominación capitalista.

Incluso podemos afirmar que los procesos de liberación nacional triunfantes en muchos casos implicaron un terrible incremento de la explotación en dichas regiones. El virtuosismo del que nos habla Bakunin en los Estados más débiles no es más que su habilidad de imponer sacrificios al proletariado, primero en la defensa de la patria frente al enemigo externo y, luego, en el trabajo, para fortalecer la economía nacional después de la guerra.[9]

Para el proletariado de una región determinada, es esencialmente lo mismo tomar parte por cualquiera de los bandos burgueses en disputa. Ambas fracciones se pelean por el derecho a explotarnos para incrementar su capital. Ambos son imperialistas. Su fuerza, en gran parte, reside en la confusión ideológica que puedan generar en las filas del proletariado.

Estas afirmaciones programáticas que expresamos no son dogma o tradicionalismo, parten de la comprensión de que nuestra clase es una clase mundial y solo mundialmente pude autosuprimirse. Ya no se trata de solidarizarse con el proletario de otro país que pensamos en peores condiciones que las nuestras, se trata de **asumir que su lucha es la nuestra**, luchando en "nuestro" país, contra "nuestro" Estado, contra "nuestra" burguesía.

9. Recomendamos los artículos de la revista *Comunismo* del Grupo Comunista Internacionalista acerca de las luchas de liberación nacional aparecidos en los nros. 2, 3, 4, 5, 7 y 10.



CONTRA LA POLÍTICA, O MÁS ALLÁ DE ELLA

Ser antipolíticos no significa pasar por al lado de las cuestiones denominadas *políticas,* o no tomarlas en cuenta. **Nos oponemos a la política justamente porque la comprendemos en tanto parcialidad de la realidad social que pretendemos superar**.

No bastan los eslóganes vacíos y los discursos que se conforman con enaltecer una ideología. Si nos interesan los procesos sociales existentes, es porque somos parte de ellos, siendo nuestro objetivo anularlos antes de que estos anulen nuestra humanidad y nuestro ser colectivo en pos de mantener la economía. Algunos creen que es posible conseguir la "libertad política" sin conseguir la "libertad económica", pero ambas conquistas por sí solas son inútiles y vacías, pues estas supuestas esferas son parte indisociable del cuerpo social. Solo el análisis —no inocente— de políticos, economistas y "expertos" es capaz de producir esta disociación, esta separación que anula en el discurso nuestra pertinencia en dichos temas: nosotros somos los hombres y mujeres que vivimos y damos sentido al orden político existente o cualquiera que pueda existir, nosotros somos los hombres y mujeres que ponemos en movimiento la economía. Sin embargo, nos hemos convencido de que "política", "economía" y prácticamente todo en esta sociedad son ciencias ocultas, solo descifrables por seudoexpertos. Para nosotros queda el espectáculo de la opinión, sabemos opinar de todo sin restricción —**el material nos lo otorga, fácilmente deglutido en forma de polarizaciones ordinarias, el periódico o noticiero de cada día**— mientras nos abstengamos de tomar decisiones clave en nuestra vida y en el orden social.

Entonces nos preocupamos de la política pero dentro del terreno destinado a la política, el único que nos presentan como abordable. Entonces opinamos sobre la moral de un candidato, preferimos productos locales y no de una multinacional, nos sobreinformamos de "actualidad política". Participando así en los festejos del espectáculo político y su pirotecnia. Desde una posición revolucionaria todo aquello no nos invita a participar, ni más ni mejor organizados… Sin embargo, no podemos cerrar los ojos frente a lo que es una expresión de nuestra realidad social.

Por estos motivos, la conformación de un partido político integrado por proletarios no es una contradicción o un pecado, es un proyecto impotente, tan impotente como un agrupamiento con fines solamente económicos o culturales. Mantenernos en esos terrenos parcelarios y estrechos nos hace impotentes de antemano frente a la totalidad social.

"Lo político" existe en cuanto separado del resto de la realidad social, es el hecho de su separación lo que lo define como tal, de no hallarse separado no podría limitarse a la "política". Sin embargo, advertimos que la separación no es posible resolverla sumando las parcialidades en tanto tales, dejando a un lado su interrelación y la importancia de comprender que la totalidad se expresa en cada una de sus partes. El todo es más que la suma de las partes.

La política, a su vez, suele presentarse en muchos casos como la preocupación por lo general, y desde ahí todo podría ser presentado como político. Pero cuando se dice que "todo es político" no se hace más que observar la sociedad desde la óptica de la política. Nosotros decimos que todo es social y que la política misma es una parcialidad propia de esta sociedad que debemos superar.

Estamos contra la política, pero no para interesarnos por algo más pequeño que ella o por otra cosa, sino por algo más completo, abarcador, total: denunciándola como un engañoso árbol que pretende ocultar el frondoso bosque del cual forma parte.

DESTRUCCIÓN DEL ESTADO

El viejo discurso fascista del Estado omnipresente[10] es hoy también una realidad democrática. **No existe un "fuera del Estado"**, todas nuestras relaciones son atravesadas por él y no hay región del mundo que no esté bajo la sombra de un Estado. Por eso la inevitabilidad de su destrucción: no hay "esferas sociales" por fuera del poder estatal, no podemos hacer abstracción del Estado. Ya no solo se trata de seguir reflexionando acerca de qué hace el Estado con nosotros, sino también de pensar qué haremos nosotros con él.

La fuerza del Estado surge desde la sociedad, para luego situarse por encima de ella. Un ejemplo claro es la relación entre la policía y la mentalidad policial: las fuerzas policiales, si bien están dirigidas por la burguesía y en su defensa, están constituidas mayoritariamente por proletarios traidores a su clase. Estos incluso cumplen un rol que la sociedad con mentalidad policial ve como "poco digno", aunque siempre argumentando que "alguien tiene que hacer el trabajo sucio".

Algo similar sucede con el gobierno, es un secreto a voces que todos los políticos son mafiosos, mentirosos y están en contra de los intereses de los trabajadores, sin embargo, se vota en cada elección por el "mal menor" una y otra vez, o hasta se deja de votar, manteniendo lo más importante: el continuar delegando la responsabilidad sobre la totalidad de nuestras vidas en diversos especialistas o seudoespecialistas, al costo de sacrificarlo todo, es decir, que otros hagan aquel "trabajo sucio", pero también toda realización social.

Esto no sucede sobre la nada, en el ámbito de la abstracción total. Son condiciones materiales e ideológicas que lo hacen posible, y unas son inseparables de las otras. **El Estado no es tanto una entidad como una actividad histórica y social**. Es el producto de una sociedad que, al llegar a cierto estadío de desarrollo y situada en un antagonismo social irreconciliable, **en el intento de perpetuarse encontró la forma de continuar y garantizar su existencia conservando, justamente, ese antagonismo social irreconciliable**. Garantizando también el libre desarrollo del valor, en un escenario de orden y garantías para su existencia.

El Estado moderno nació con la sociedad de clases y tiene que mantener esas condiciones si precisa seguir existiendo. Esto es lo mismo que decir, entonces, que el Estado moderno se extinguirá con la sociedad de clases.

Es al comprender el Estado de forma histórica y social que entendemos que su destrucción no puede ser instantánea, que **solo se podría destruir el Estado de la noche a la mañana si este no tuviese su raíz enterrada en el terreno de lo social**.[11]

Esto, que unos no han entendido por falta de reflexión, otros lo han intentado "comprender" a su manera para perpetuar la sociedad mercantil generalizada llamándole "período de transición". ¿Transición a qué? deberíamos preguntarnos, si lo fundamental sigue sin siquiera ser molestado: la producción para el intercambio bajo un gobierno de uno u otro color. **Lo que quieren asegurar es**

10. «Nosotros confirmamos solemnemente nuestra doctrina respecto al Estado; confirmo no menos enérgicamente mi fórmula del discurso en la Scala de Milán: Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado», Benito Mussolini (Discurso de la Ascensión, 26 de mayo de 1927).
La actual falacia democrática se avergonzaría de compartir opiniones con aquel histórico fascista que nos presentan como su enemigo, sin embargo, no podrían estar más de acuerdo con él: «Se va hacia nuevas formas de civilización, tanto en política como en economía. El Estado vuelve por sus derechos y su prestigio como intérprete único y supremo de las necesidades nacionales. El pueblo es el cuerpo del Estado, y el Estado es el espíritu el pueblo. En la Doctrina Fascista, el pueblo es el Estado y el Estado es el pueblo.» (18 de marzo de 1934)

11. Sin duda, las consignas y los deseos de destruir el Estado de la noche a la mañana son atractivas, y hasta vistas con simpatía, en comparación con todas las tendencias reformistas que solo quieren mejorar el Estado. Pero más allá de las proclamas y la fraseología poética, el inmediatismo revolucionario es una posición idealista heredada del pasado, que no tiene en cuenta condición histórica alguna.

entonces la transición no hacia el comunismo, sino un mayor desarrollo del capitalismo y del poder político. Las finalidades de aquellos "períodos de transición" que se nos vienen a la cabeza al recordar aquel término (Rusia, Cuba, China), no fueron desviaciones o errores, fueron golpes al proletariado, bajo el nombre del "comunismo" y la "libertad".[12]

No fueron traiciones de los líderes o problemas en las formas de organización. Los líderes, los referentes o las personas sobresalientes en un período de esas características son un emergente del movimiento social, si estos hacen o deshacen es por el apoyo, omisión o escasas fuerzas de su clase para oponerse. Es decir: una clase que, con esos personajes o con otros, tampoco podrá llegar muy lejos debido a sus debilidades.

Por otra parte, la crítica focalizada solamente en las formas organizativas es en realidad un falso problema. **Las formas organizativas van de la mano y surgen de una necesidad de fondo, de expresar un contenido**. Si el proyecto es el desarrollo del capitalismo o la toma del poder político, poco y nada cambia, más que el grado de efectividad con la que se realiza ese mismo contenido, si esto se organiza en asambleas o de forma vertical.[13]

Por eso, cuando hablamos de comunismo y anarquía no estamos refiriéndonos a quién gestionará el actual sistema de producción, o quién ocupará las bancas del gobierno, ni si la bandera que reemplazará a las banderas de los Estados actuales será de color rojo o de color negro. No se trata del desarrollo del capitalismo a manos de los trabajadores sentados en las bancas del gobierno o en su nombre, nos referimos a la **abolición del capitalismo, las bancas del gobierno y el rol de trabajadores… y todo símbolo que nos reduzca a un rol pasivo y de servidumbre**.

Decíamos anteriormente que la revolución no sucede de la noche a la mañana, que seguramente haya un tiempo más prolongado, que no serán días sino años (o como sea que se comprenda el tiempo vivido ya lejos de esta civilización de relojes y calendarios). Una verdad parcial expresaban aquellos primeros nihilistas revolucionarios que se empeñaban en que debíamos negar esta sociedad, argumentando que después de nosotros vendrían generaciones "más libres" que se desarrollarían en otras condiciones de vida y que por ello tendrían seguramente mejores propuestas que las nuestras, atrofiadas por el peso de la ideología dominante. Claro que, sin proyecto revolucionario, la destrucción a ciegas con la esperanza de un futuro mejor no garantiza, ni se aproxima, a nada más que a la lenta e inevitable reconstrucción de la única forma de vida que conocemos, si no desarrollamos el cómo construir otras. Pero volvamos a lo nuestro: **esquivar la cuestión del mal llamado "período de transición" es dejarle el momento decisivo a la contrarrevolución, o seguir luchando a ciegas con las esperanzas que el estado de cosas se dirija a buen puerto por obra y gracia de la magia, o los buenos deseos y la buena voluntad**.

«La pasión por la destrucción es también pasión creativa», decía Mijail Bakunin. **No se trata de etapas, sino de una realización múltiple**. La abolición del Estado precisa justamente de nuevas formas de organizarse entre las personas, lo que incluye la abolición de los aspirantes a reconstruirlo, y estos aspirantes se desarrollan en las condiciones capitalistas, condiciones que, por lo tanto, también deben ir siendo abolidas, en tanto terreno fértil para la reconstrucción del viejo mundo.

Y es que la abolición del Estado no es nuestra única meta, la que nos diferencia del resto, sino que es consecuencia de pretender abolir el antagonismo de clase que sufrimos. La necesidad de acabar con el Estado capitalista es la necesidad de matar al perro guardián de la burguesía, un perro guardián que en algunas ocasiones parece tomar cierto grado de libertad de algunos de sus amos, pero jamás de todos. Su no–destrucción total significa seguir manteniendo un aspecto de la organización social de la clase capitalista.

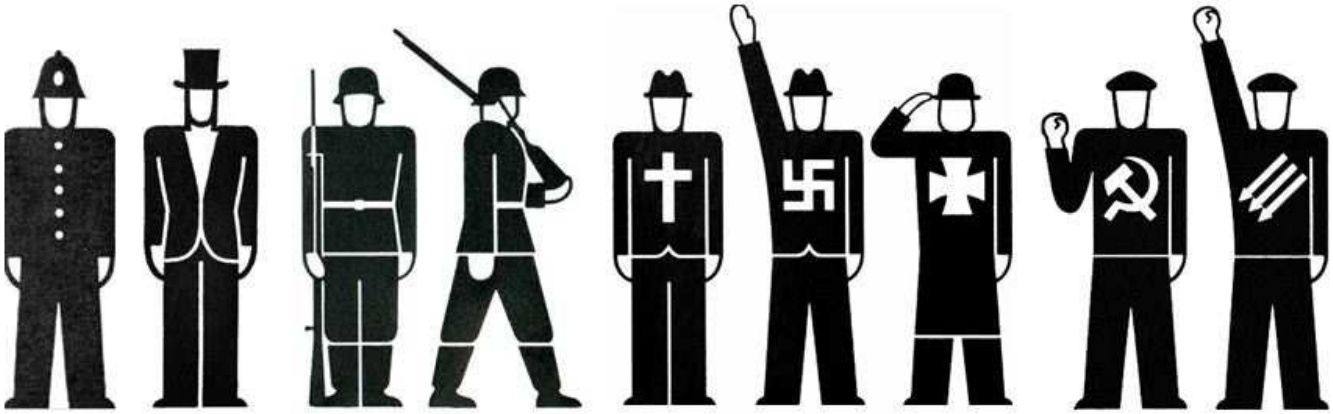
En un número anterior de esta publicación expresábamos que «La anarquía no es entonces un montón de medidas que se tomarán el día después de la revolución, es lo que hacemos hoy para llegar a los días de la revolución, o para desenvolvernos mejor en situaciones prerrevolucionarias.»[14] Y unos compañeros nos señalaban que si bien es necesario romper con el mito de la revolución como fin separado de nuestra actividad antagónica cotidiana, también se llega a lo contrario banalizando que la revolución es solo lo que hacemos cotidianamente. A esto se agregan otros que aseguran "no esperar hasta la gran insurrección" y pretenden "vivir en insurrección permanente", ¡como si se pudiera comparar la insurrección social con la "insurrección" individual!

Por ello, la actividad militante exige lo que se expresa en aquella frase, pero por supuesto, también un montón de acciones que se realizarán durante y después de "las grandes jornadas insurreccionales". Lo que de ninguna manera

12. Y estas fatales experiencias para el proletariado llamadas "países socialistas", en vez de desnudar la realidad de su capitalismo, han contribuido al mito de "la muerte del comunismo" o al de proclamar el capitalismo como vencedor histórico.

13. «Puede ocurrir que movimientos con formas organizativas idénticas (asamblearismo, lucha armada, línea editorial) expresen contenidos sociales radicalmente distintos. Pero la revolución no es un "problema" que se resuelve encontrando "la forma" organizativa adecuada; por el contrario, es una cuestión de contenido social real.» (Cuadernos de Negación nro. 3: *Buscando la raíz de la "radicalidad"*)

14. Cuadernos de Negación nro. 2: *¿Comunismo? ¿Anarquía?*.



significa conquistar el poder político y realizar "reformas sociales". Ya hemos hablado de la destrucción del Estado y el Capital como una realización múltiple.

No se trata de reemplazar las funciones del Estado capitalista, pero tampoco se puede dejar para "después de la revolución" cuestiones fundamentales: desde qué y cómo producir hasta las relaciones personales al interior de nuestra clase en lucha, la defensa y ataque frente al reagrupamiento burgués y otros puntos que puedan surgir en un momento insurreccional.

Al menos pensar en la necesidad de estas tareas, es de vital importancia si verdaderamente se quiere transformar el mundo acabando con las clases sociales, y en lo posible —y sin aspiraciones pontificadoras— generar las mejores condiciones de vida que seamos capaces de establecer.[15]

Pero si nuestra finalidad es continuar respondiendo/resistiendo a esta sociedad de aquí a la eternidad sin cambiar nada, podemos continuar presos de un activismo sin perspectivas o, por otro lado, intentar conquistar el poder político del Estado. Así podemos seguir rechazando esta cuestión, que si bien lejana en el tiempo, **discutir y reflexionar acerca de ella, representa una tarea programática que no solo da perspectivas a largo plazo, sino que orienta en la lucha presente**.

Qué y cómo producir

El proletariado constituido en clase no se convierte en un órgano político o en un órgano económico, sino que debe tender a destruir esa separación, y asumirse como sujeto social.

Espontáneamente (en el sentido de "naturalidad" y no de "inmediatez" de la palabra) se irá dejando a un lado la producción de bienes inútiles y se mejorará la calidad de lo que sí se necesita ¿Quién produciría una comida repleta de químicos para sí y sus iguales, cuando se puede hacer una realmente nutritiva? Porque no se trata de realizar la gestión de este mundo tal como está,[16] sino de crear uno nuevo, "oculto" en este. Comenzando a realizar actividades concebidas en función de las necesidades humanas, en la tendencia a terminar con la alienación que significa producir para las necesidades del Capital.

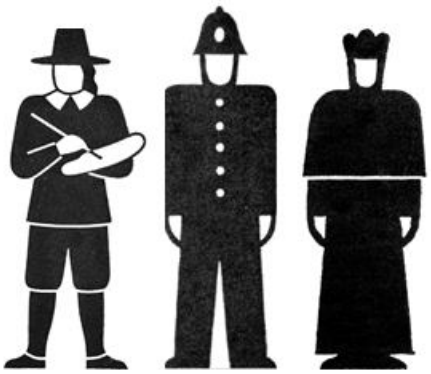
La finalidad de la revolución (incluso en la lucha por ella) no es el "control obrero" de la producción, porque esta, en tanto que producción de mercancías destinadas al intercambio, en tanto que producción de valor, siempre pero siempre dominará a los productores, aunque estos deseen lo contrario. **La producción es indisociable de las decisiones "políticas", por lo tanto la práctica proletaria en tanto que totalidad se deshace de su chaleco de fuerza "económico" al producir, de su chaleco de fuerza "político" al decidir, así como de su chaleco de fuerza "militar" al tomar las armas**. Porque de ninguna manera podrá asumirse verdaderamente como clase, como fuerza centralizada, imponiendo sus necesidades y sus deseos, si toma el control de las armas pero no de qué producir, si toma control de qué producir pero no de las medidas sociales más generales a llevar adelante. Todo debe estar íntimamente relacionado ya no como aspectos separados, sino como aspectos de una misma lucha total.

Pongamos un ejemplo:

«Suponiendo incluso la máxima utopía de que se haya efectivamente destruido toda fuerza organizada político–militar de la contrarrevolución abierta en el mundo, y se comience a organizar la sociedad, no sobre la base de la

15. Con toda la amplitud que expresa esta idea, consideramos que podemos desarrollar en lo más íntimo el conocimiento mínimo en relación a nuestra propia vida: qué alimentos nos hacen bien o mal, qué forma de relacionarnos son nocivas o nos satisfacen más, qué herramientas sabemos usar mejor, cuáles podemos aprender a usar, qué tareas estamos dispuestos a llevar a cabo en pos de nuestros objetivos particulares y colectivos, quiénes están en similar disposición.

16. «Un mundo donde toda la electricidad nos llega desde gigantescas centrales energéticas (de carbón, petróleo o nucleares), siempre estará fuera de nuestro alcance. Solo la mentalidad política puede pensar que la revolución es principalmente una cuestión de toma del poder o redistribución.» (Gilles Dauvé, *Capitalismo y Comunismo*)



centralización orgánica y una directiva única contrapuesta a la ley del valor, sino a las decisiones democráticas de un sinnúmero de asociaciones, poco tiempo después tendremos otra vez el capitalismo en pleno funcionamiento. O dicho de otra forma, sin la supresión de la autonomía de decisión local en el cómo producir y el qué producir, que caracteriza a la sociedad mercantil, no se puede destruir el capitalismo. (…) Si los productos no pierden el carácter mercantil, si el valor de cambio continúa reinando, todas las atrocidades del capitalismo volverán a reproducirse, y esa nueva sutilidad del gestionismo se revelará como lo que es, un arma de la contrarrevolución, de la reconstitución del capitalismo, no ya contra la insurrección sino para después.» (Grupo Comunista Internacionalista, *La contrarrevolución rusa y el desarrollo del capitalismo*)

Claro que este nuevo "modo de producir", en oposición a la descripción anterior, no puede ser realizado de la noche a la mañana, pero eso no quita la importancia de dirigirse hacia ello (si lo que verdaderamente se quiere es acabar con el Capital y su dominación). En este sentido, la necesidad de actuar como fuerza total y centralizada es ineludible,[17] asumiendo, sin temor, la fuerza adquirida para imponerse al Capital y sus defensores. Luchando para suprimir nuestra condición de proletarios, lo cual exige la supresión de la sociedad de clases y, por tanto, la imposición temporal frente al Capital. Remarcamos: imposición y no dominación. Es la dominación burguesa la que busca perpetuarse eternamente. La imposición del proletariado busca acabarse lo antes posible, atacando de inmediato la producción capitalista y su Estado, no valiéndose de ello. Es la burguesía que precisa afirmarse en lo que socialmente es. Para el proletariado su emancipación está inevitablemente ligada a luchar contra su mismo rol social reproducido por y junto al Capital.

Relaciones interpersonales al interior de nuestra clase en lucha

Los roles desempeñados al interior de la sociedad capitalista y cuestiones similares, no solo no deben sino que no pueden dejarse "para después de la revolución". Esto es imposible. No hay "etapas de liberación" o algo similar: una verdadera revolución es un desarrollo que se manifiesta en todos los aspectos de la vida de una enorme cantidad de personas. A quienes se preocupan demasiado por ciertos temas, volviéndose muchas veces especialistas en ello, les decimos que no hay proceso revolucionario si no se desarrolla una práctica masiva en relación con la crítica de la familia, el machismo, la homo y lesbofobia,[18] el desprecio al extranjero, etc. ¡Porque no habría revolución posible si esos prejuicios poseyeran la potencia de la actualidad! La revolución constituye, entre otras cosas, ir barriendo con esos prejuicios y no un decreto aplicado a la sociedad actual.

En un momento de mayor profundidad de la revolución ese cuestionamiento tampoco ha de surgir como imposición moral o ideológica: la decisión de utilizar o no materiales reciclables, por ejemplo, no tiene sentido si se impone como un deber moral último de quien se crea "verdaderamente" revolucionario, sino que tiene que ver más con las relaciones que somos capaces de establecer con la totalidad de lo que nos rodea, se trate de otros seres humanos, otros animales, otros seres vivos, etc.[19]

17. Cuando hablamos de centralización hacemos hincapié no tanto en las formas organizativas como en el contenido. No nos referimos a una ideología que propone centralizar a todos los proletarios tras una misma sigla, comprendemos y asumimos la centralización de otra manera, como la unificación de prácticas y objetivos, descentralizando el lugar geográfico donde actuar, los espacios donde atacar. Para que se entienda, centralización para nosotros no significa una organización formal y jerárquica donde todos se conocen las caras o el número de carnet, sino de una práctica de clase común que, claro, deberá ser coordinada, pero eso es una consecuencia, no su objetivo inmediato.

18. Estos temas han sido desarrollado a lo largo del nro. 13 de Cuadernos: *Notas sobre patriarcado* y nro. 14: *Notas sobre trabajo doméstico*.

19. Lamentamos si este ejemplo sobre los materiales reciclables suena a caricaturización. Sin embargo, expresa una de las tantas limitaciones a la revolución como movimiento real, ya que la sitúa como un conjunto de reglas y mandamientos que en la medida que vayamos cumpliendo nos harían progresivamente más libres.

Teniendo claro que la fuerza de la revolución radica en el movimiento constante y no en disposiciones preestablecidas, sabemos que hay acciones que son un salto de calidad en la destrucción de lo existente, propulsando nuevas posibilidades que afirman nuestro movimiento. De todos modos, hay que tener claro que la fuerza de un levantamiento no radica en que el movimiento haya sido alentado por algún sector específico o por el grado de destrucción de locales comerciales o firmas explotadoras que haya generado. Tampoco por la cantidad de ocupaciones de edificios o la creación de nuevos lenguajes estéticos que promuevan una contracultura. Y aunque todas estas acciones que recién apuntamos nos mantengan al mismo tiempo como espectadores contentándonos con el grado de satisfacción que nos pueden llegar a producir, también sabemos reconocer, más allá de lo estético, estos actos y los sentimos parte del florecimiento insurreccional de nuestra clase como expresión de su fuerza autónoma. Lo importante aquí es tener claro que la fuerza de ese movimiento brilla tanto más en el reconocimiento colectivo de la lucha que en la satisfacción de nuestros gustos: cuando el anarquista asume que forma parte de la misma comunidad de lucha que el inmigrante junto a él en la barricada, o cuando ambos son concientes de que la solidaridad de una señora de edad avanzada se hace complicidad, pese a no tirarle piedras a la policía y hablar en sus mismos códigos.

Aun, todos estos no dejan de ser aspectos simbólicos al momento de contemplarlos, pero la sinceridad de la lucha de alguna manera expresa convicciones: el simple hecho de saber de qué lado se encuentran los "amigos" y de qué otro lado están los "enemigos", es tan importante como tener la voluntad de apertrecharse. **Una vez más, aquí es donde la idea de clase es la única capaz de expresar esa comunidad humana total en lucha que impulsa la destrucción de todo cuanto nos niega**. Y volvemos a repetirlo: no como una identidad más, no se deja de ser anarquista, marxista, punk u obrero para ser "proletario", no se trata de otra etiqueta a escoger, sino de una actividad viva.

Defensa y ataque frente al reagrupamiento burgués

Una revolución que acabe con las clases sociales precisa de la imposición temporal de la clase proletaria sobre la burguesía. ¿Y por qué hacer hincapié en que se trata de algo "temporal"? Simple. Para realizar su fin la burguesía debe dominar para siempre al proletariado. Este último, en cambio, debe simplemente imponerse de manera temporal a la burguesía para concretar su programa histórico, ya que no necesita oprimir a una clase para subsistir, sino que precisa abolir las clases, autosuprimirse como clase y para ello debe no solo defenderse sino atacar toda tentativa de reconstrucción de esta sociedad, esa es su imposición. Aquí también radica aquella pasión dialéctica destructora/constructora a la que se refería Bakunin.

La propia toma de los medios de producción y de distribución ya desvía los propios mecanismos de valorización del Capital. Pero se debe rechazar toda tentativa gestionista que intenta superar el capitalismo por "absorción" y no por ruptura. Se debe impedir la dispersión localista, la ilusión gestionista, el federalismo democrático y el intercambio entre unidades de producción independientes (fuente del trabajo privado opuesto al social y, por lo tanto, de la reorganización mercantil).

Los llamados a «cambiar el mundo sin tomar el poder» nos incitan a no destruir el poder burgués. Pero el proletariado no puede deponer las armas esperando que la burguesía desista racionalmente de su posición de poder. Como así tampoco debe tomar el Estado burgués como si fuese una herramienta neutra para tomar las medidas necesarias, constituyendo así otra vez un órgano de dominación perpetuo. Si la finalidad del proletariado, constituido en clase y en fuerza, apunta a acabar con el sistema capitalista, su potencia apuntará en esa dirección, extendiéndose y extinguiéndose entonces en su mismo desarrollo. **Nuestra clase constituida en fuerza se extinguirá en su desarrollo y extensión porque se irá extinguiendo en el mismo proceso de liquidación del Capital, quien únicamente puede producir y reproducir la clase proletaria**. Esto guarda estrecha relación con el Estado burgués, Estado que no se extinguirá jamás por sí mismo, y que por ello es necesario destruir, conjuntamente con la dictadura mercantil y democrática de la cual emerge y se reproduce.

Entonces, **quienes aseguran que en aquella posición el proletariado se acomodará para siempre en el poder,**

aseguran por ende que: el ser humano domina a sus iguales por naturaleza, olvidando que es un ser social e histórico. Quienes argumentan la agresividad incontrolable y la necesidad de dominio como inherentes al ser humano, hablan entonces de una sociedad de clases que es casi biológica, propia de nuestra especie. Nos dicen, de alguna manera, que deberíamos vivir reprimiendo ese supuesto impulso natural de dominar al resto, y crear situaciones que no permitan ello, lo que significa, de uno u otro modo, afirmar que la necesidad de la existencia del Estado es incuestionable. Son los mismos que repiten aquella ponderada frase hobbesiana —concebida, casualmente, como justificación de un gobierno monárquico de poder absoluto— que reza «el hombre es un lobo para el hombre». Según esta visión, en pos de salir de este constante estado de "guerra de todos contra todos", los hombres tienen solo una salida: ceder la totalidad de sus derechos (y con ellos, lo sabemos, la potestad sobre el manejo de su propia vida) en favor de un tercero, surgido de este contrato: el Estado, el Leviatán.

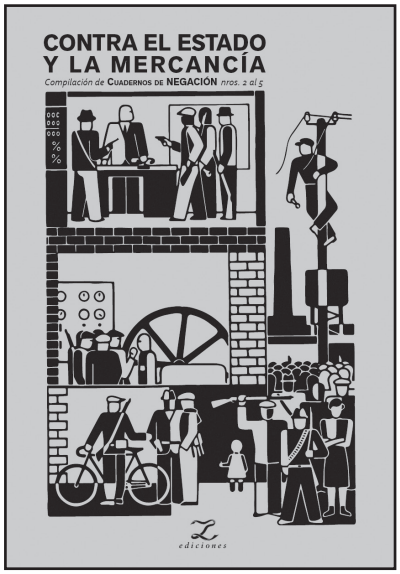
◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Sin duda, estas pocas páginas respecto del Estado no solucionan nada, pero sí deseamos sean un aporte para comenzar a reflexionar sobre el tema y acabar así con los mitos y la fraseología revolucionaria vacía que se continúa rebuznando, ya sea por tradición o búsqueda de una identidad.

La destrucción del Estado, significa la destrucción de una sociedad que "necesita" de la existencia del Estado. Suponer cómo sería el mundo actual si no existiese su Estado, supone pensar a la revolución como el asalto de una minoría al parlamento o como un partido político que gana las elecciones y debe hacerse cargo de la situación que le tocó en suerte. Es decir, es negar **la posibilidad de una revolución en tanto que acción masiva de destrucción y construcción total**… El hecho revolucionario está determinado por la actividad radical del proletariado, porque parte de la necesidad social de los explotados y no de la necesidad abstracta y militante de los grupos.

Por ello, más allá del consignismo vacío, de la miseria de la poesía con cáscara política, de la contrainformación, en definitiva, de las cantidades de tinta o kilobytes gastados, preferimos hacer un texto donde se arriesga algo en lugar de seguir repitiendo una y otra vez las mismas palabras que se suponen acreditadas como válidas en ciertos círculos revolucionarios.

Volvemos a afirmar que el desafío es nuestro, que es de todos quienes realmente tengan necesidad y ánimos de cambiar este mundo.



CONTRA EL ESTADO Y LA MERCANCÍA

COMPILACIÓN DE CUADERNOS DE NEGACIÓN (NROS. 2 AL 5)

Los CUADERNOS DE NEGACIÓN son un esfuerzo colectivo por comprender de forma integral la sociedad presente para superarla. En tal sentido, han sido un aporte compartido y difundido en diferentes regiones del mundo, no tanto por la originalidad de sus planteos como por poner en común y en forma accesible discuciones, reflexiones y críticas ausentes, especialmente en este idioma.

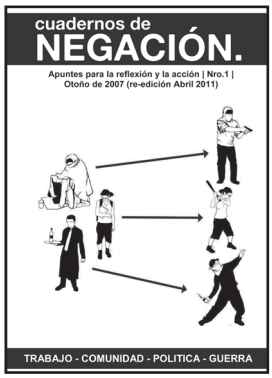
Contra el Estado y la mercancía es una compilación de los primeros números de la revista CUADERNOS DE NEGACIÓN publicados entre 2009 y 2011: *Clases sociales, o la maldita costumbre de llamar las cosas por su nombre* (nro. 2), *Contra la sociedad mercantil generalizada* (nro. 3), *Sobre la necesidad de destrucción del Estado* (nro. 4), *Contra la democracia, sus derechos y deberes* (nro. 5). Se han incluido también otros textos breves publicados por el colectivo.

La comprensión de estas sociedad se encuentra en su más profunda y despiadada crítica. Crítica que se expresa en los momentos de reflexión como en las acciones y revueltas, de manera colectiva y generalizada. En lucha por el comunismo y la anarquía.

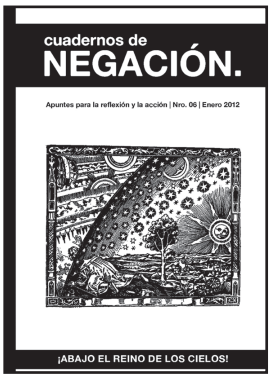
ediciones

Este y otros títulos
se encuentran disponibles en
lazoediciones.blogspot.com

OTROS NÚMEROS



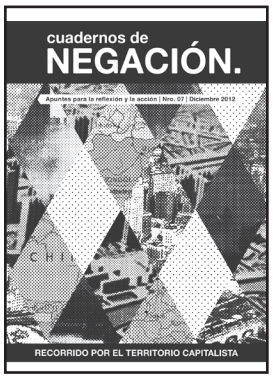
1 Este primer CUADERNO: *Trabajo Comunidad Política Guerra* presenta la traducción y adaptación del comic realizado y publicado por quienes llevan adelante el sitio www.prole.info, adaptación solo gráfica para reducir la cantidad de páginas, manteniendo el texto completo con el agregado de una presentación a los cuadernos + los textos: «Contra la democracia» y «¿Proletariqué?».



6 La religión sobrepasa indudablemente a cualquier otra actividad humana en cantidad y variedad de tonterías. Si se considera además su papel como cómplice de la dominación de clase a través de la historia, no es sorprendente que haya atraído sobre sí el desprecio y el odio de cada vez más personas, en particular de los revolucionarios.

La religión continúa adaptándose, en su forma institucional o sin ella, a los pequeños cambios del modo de producción y reproducción de la vida, persistiendo bajo diferentes formas.

El movimiento revolucionario debe oponerse a la religión, pero tomando posición del otro lado de ella. No siendo menos que la religión, sino más.



7 Caminar de un punto a otro: siempre llegar. El sentido de nuestro movimiento por las calles de las ciudades, o entre ciudades es uno: llegar a un punto en el espacio dispuesto ante nosotros como un circuito ordenado de tareas. El espacio ha sido reducido a cosa por el Capital, y como toda cosa en relación al Capital, encierra y oculta relaciones sociales, he ahí su carácter material y su carácter abstracto, presentados de manera indisociable. Podemos llamar a todo esto urbanismo, aunque se trata simplemente del territorio que ha subsumido el Capital.

8 La ciencia, la tecnología y noción de progreso, no se encuentran por fuera del modo de producción capitalista, son parte constitutiva de éste y como una sola ideología imprimen un modo de percibir el mundo y de actuar en él.

La razón dominante es burguesa, porque en tanto que idea pero también como fuerza material, actúa en beneficio del Capital.

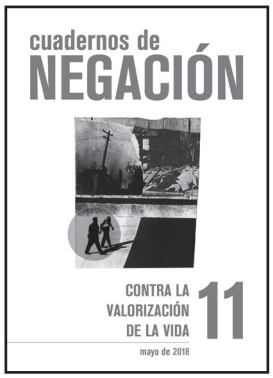
Hasta hoy, la gran mayoría de los llamados a la "revolución" han sido y son en nombre de la libertad y la igualdad burguesas, de la ciencia y la Razón, de la eficacia y el progreso... y ya es tiempo de romper con ello.

9 Si bien la mercancía, el Capital y el valor no explican absolutamente todo en esta sociedad, sin ellos no podemos comprender nada. La crítica de la economía, como podría suponerse, no deja de lado la política, la religión, la ciencia y demás dimensiones de esta sociedad, sino que, por el contrario, nos permite comprenderlas y atacarlas en cuanto parcialidades de la totalidad que conforman.

La contraposición que queremos enunciar es tajante: no nos dedicaremos a la economía en cuanto parcialidad, en cuanto disciplina. Se trata de la lucha contra la economización de la vida, de la contraposición práctica entre las necesidades humanas y las necesidades de valorización del Capital.

10 En este número de CUADERNOS damos continuidad a la crítica del dinero, del Capital como sujeto y fin último de la producción y reproducción de la sociedad, del fetichismo y la enajenación como la instrumentalización del mundo y todos los que habitamos en él.

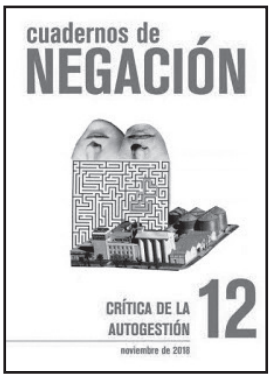
Enajenación no significa simplemente la separación de nuestros medios de vida, hablamos de todo un proceso histórico mediante el cual se ha llegado a que nuestra propia existencia se nos presente como ajena, en una sociedad donde el objetivo no son las personas, ni tampoco las cosas, sino la producción por la producción misma, la valorización del Capital. Es todo un orden social que vivimos como ajeno e, inevitablemente inmersos en él, tenemos que enfrentar.



11 El fundamento de la sociedad capitalista es la dictadura del valor en proceso, y la utilidad de los objetos producidos son solo un medio. El llamado valor de uso es solo un soporte del valor de cambio, del valor valorizándose.

Pero nada en ninguna parte posee naturalmente una cualidad tal como el valor. Esta es consecuencia del modo en que la sociedad organiza su producción. El valor y la mercancía, así como el dinero o el trabajo no son datos neutrales y transhistóricos, y mucho menos naturales y eternos, se trata de categorías básicas del capitalismo.

Valorizar la vida no significa poner la vida en el centro sino, por el contrario, situarla en la balanza económica.



12 Millones de proletarios no solo se sienten identificados con "su" trabajo sino que se enorgullecen de él. Y confunden sus necesidades con las del Capital, interiorizando de tal modo la relación social capitalista que incluso cuando quieren luchar contra lo que perciben los explota y oprime continúan reproduciéndolo. El discurso dominante y la rutina capitalista cotidiana ha "integrado" a los explotados en tal grado que estos suponen resistir al comercio justamente comerciando. Muchos proletarios descontentos suponen luchar ¡mediante el trabajo, la producción de mercancía, la circulación de dinero, la valorización de la vida en general! Tal es así, que cuando criticamos el modo de producción capitalista en su fachada autogestionista hay quienes se sienten profundamente ofendidos y atacados.

cuadernos de NEGACIÓN

El Estado no es un enemigo por razones de gusto, afinidad moral o antipatía ideológica. Lo es en tanto estructura de poder fundamental que garantiza nuestro sometimiento al trabajo asalariado, que permite y defiende la destrucción de la naturaleza en pos de la producción económica y garantiza la guerra como método de reorganización económica y de control social.

Es nuestro enemigo, no porque quienes detentan el poder sean malas personas o estén motivados por ciegas ambiciones; es nuestro enemigo porque organiza y ordena el sometimiento de nuestras vidas en armonía con el Capital ¡porque es el gobierno del Capital!

cuadernosdenegacion.blogspot.com

cuadernosdenegacion@hotmail.com